

RCR, romanticismo con rigor

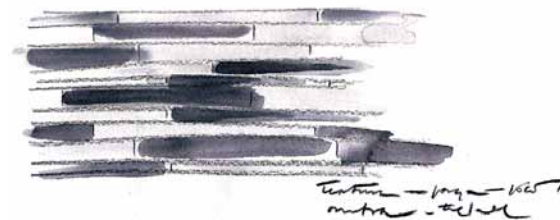


La arquitectura de RCR (Rafael Aranda, Carme Pigem y Ramón Vilalta) combina la *rauxa* romántica con el rigor racional. Basados en Olot, la capital de la Garrotxa —una comarca catalana prepirenaica, de antiguos volcanes y amenos paisajes que han atraído a pintores, origen de su vetusta industria de imaginaria religiosa—, en apenas dos décadas han construido en la región un conjunto de obras con un lenguaje singular que reúne la pulsión romántica de comunión con la naturaleza y búsqueda de lo sublime en el despojamiento extremo, con el empeño racional de rigor geométrico, composición abstracta y depuración constructiva en el refinamiento de unos detalles que ensamblan materiales de violenta tactilidad. Es una arquitectura esencial y a la vez elocuente, reductiva como corresponde a lo que el lenguaje popular denomina minimalismo, y al tiempo expansiva en su diálogo horizontal con el paisaje, que se enmarca o se perfora con decisión. Decía Julius Posener de su maestro Hans Poelzig que éste menospreciaba «cualquier arquitectura que no pudiera dibujarse con orina en la nieve», y las de RCR se conforman con la misma economía expresiva, que va desde los trazos del pincel en la primera acuarela —apocopados como un ideograma— hasta la intervención física de los arquitectos en el movimiento de tierras, la colocación de los bloques basálticos o el rizado de las bandas de acero, en una *action architecture* que se resume en gestos.

Las huellas de esas intervenciones artísticas son un puñado de edificios, pabellones y parques tan compactamente trenzados en el territorio, y en tan exacta sintonía con su belleza volcánica y abrupta, que hace fácil imaginar su utilización como recurso pedagógico y turístico, de forma no muy distinta a como sucede con la obra de Mario Botta en el cantón del Ticino o con la de César Manrique en la isla de Lanzarote. Aunque sus proyectos se extienden a la costa catalana, al mediodía francés o, en el futuro, a geografías más remotas, el acervo levantado en la Garrotxa y sus inmediaciones hacen que estos arquitectos sean ya inseparables de la historia de Olot. Esta condición regional, que entra en resonancia con una sensibilidad de raíz romántica ante la naturaleza para dibujar una imagen identitaria, y que en modo alguno resta universalidad —¿es acaso Palladio localista por estar asociado al Véneto?—, se ha minusvalorado por algunos críticos, que o bien les integran en una hipotética ‘escuela catalana’, o bien les contemplan desarrollando lecciones de Wright o de Kahn. Su formación, sin embargo, apunta a una síntesis de los estudios de Bellas Artes de los más tarde esposos Ramón Vilalta y Carme Pigem en Olot con el talento natural de Rafael Aranda, un hijo de inmigrantes andaluces asentados en la misma población, y todo ello en el crisol de la Escuela de Arquitectura del Vallés —próxima a Barcelona, y con una marcada vocación paisajística—, donde se inicia una devoción por Mies van der Rohe o Donald Judd que se depurará con el deslumbramiento ante la tradición japonesa, provocado por un largo viaje que realizan pocos años después de titularse.

The architecture of RCR (Rafael Aranda, Carme Pigem and Ramón Vilalta) combines romantic rauxa with rational rigor. Based in Olot, the capital of La Garrotxa – a Pre-Pyrenean region in Catalonia, filled with extinct volcanoes and pleasant landscapes that have attracted painters, origin of its ancient industry of religious imagery – in no more than two decades they have built in their area a crop of works with a unique language that combines the romantic desire to blend with nature and to seek the sublime through extreme relinquishment, with the rational determination of geometric rigor, abstract composition and constructive refinement, with details that bring together violently tactile materials. It is an architecture at the same time essential and eloquent, reductive as corresponds to what popular language calls minimalism, and at once expansive in its horizontal dialogue with the landscape, that is framed or perforated with resolve. Julius Posener used to say about his master Hans Poelzig that he scorned “any architecture that could not be drawn with pee in the snow”, and those of RCR are created with the same expressive economy, which goes from the brushstrokes of the first watercolor – abridged like an ideogram – to the physical intervention of the architects in the shaping of land, the assembly of basaltic blocks or the curling of steel bands, in an ‘action architecture’ that is summed up in gestures.

The traces of these artistic interventions are a series of buildings, pavilions and parks so compactly woven into the territory, and in such exact harmony with its volcanic and abrupt beauty, that it is easy to imagine how they might serve as pedagogic and touristic lure, in a manner not very different from the one we can experience today with the work of Mario Botta in the Swiss Ticino Canton or with that of César Manrique in the Canarian island of Lanzarote. Though their projects nowadays reach the Catalan coast, the south of France and, in the future, more distant geographies, the legacy built in La Garrotxa and its close surroundings makes these architects inseparable from the history of Olot. This regional condition, which is reinforced by a romantic sensibility towards nature to shape a strongly local identity, which in no way reduces its universal character – is Palladio a localist because he is so obviously associated with the Veneto region? –, has been underestimated by some critics, who either fit them into a hypothetical ‘Catalonian school’ or see them as followers of the lessons of Wright or Kahn. Their training, however, points towards a fusion of the Fine Arts studies in Olot of Ramón Vilalta and Carme Pigem – who would later marry – with the natural talent of Rafael Aranda, a son of Andalusian immigrants settled in the same town, and all of this in the melting pot of the Vallés School of Architecture – located near Barcelona, and with a landscape-oriented curriculum –, where they begin to show a keen interest in Mies van der Rohe or Donald Judd that will be enhanced by the influence of Japanese architecture, brought about by a long journey undertaken a few years after graduating.



Este conjunto de influencias da lugar a un idioma arquitectónico propio, algo muy poco frecuente y que explica la fascinación de tantos —en el extremo oriente de China, Corea y Japón desde luego, pero también entre los nuevos paisajistas europeos o en las escuelas norteamericanas sensibles al diálogo entre arquitectura y arte— con la obra física y lírica del trío de Olot. Algunos valorarán su abstracción extrema y su ritualidad casi litúrgica; otros, su materialidad rotunda y su condición táctil; muchos, sus vínculos con la naturaleza y su enraizamiento en el lugar; y todos hallarán excepcional la forma en que esta genuina *land architecture* ha replanteado cuestiones críticas como la monumentalidad, el ornamento o el paisaje desde la humilde base de una pequeña población catalana. Pero decía Unamuno que sólo se puede ser cosmopolita estando muy apegado a nuestro lugar en el mundo, y es seguramente en esa fidelidad al entorno geográfico y humano —que abarca desde la familia más próxima, los colaboradores profesionales o los contratistas de diversos oficios hasta el relieve, la vegetación local o la construcción vernácula— donde reside el fundamento último de la obra de RCR. Una obra que no cristaliza inmediatamente, pero que lo hace con insólita precocidad a mediados de los años noventa —algo más de un lustro tras graduarse en 1987 y establecer su estudio en Olot en 1988— con la complicidad de un puñado de clientes privados y públicos seducidos por la convicción y la intensidad de unos jóvenes arquitectos que ya desde el primer momento documentan minuciosamente su trabajo, acaso porque ambicionan o sospechan su importancia.

Si las primeras casas en Olot, desde la elegante y ecléctica Margarida de 1988 a la más programática y miesiana Mirador de 1994 —construidas, respectivamente, para la hermana de uno de ellos y para un aparejador de la zona— o el solemne pabellón para invitados en Can Cardenal, una masía de la familia en la zona volcánica de la Garrotxa, son ejercicios de aprendizaje, esta descripción puede extenderse al sobrio Hotel Albons en Gerona y a los dos más importantes encargos públicos que realizan en estos inicios de su carrera, el Instituto de Sant Feliu de Guíxols y la Facultad de Ciencias Jurídicas de Gerona, dos grandes edificios educativos que se proyectan en 1995, y cuya culminación simultánea en 1999 sirve como testimonio de la temprana madurez de un equipo que —pese a la monumentalidad escultórica, horizontal y luminosa de ambas obras— aún no ha hallado su propia voz. Ésta comienza a oírse en una obra diminuta fechada en 1993-1994, el Pabellón de acceso a la Fageda d'en Jordà, un parque natural y jardín volcánico cuya ordenación habían propuesto ya en 1990 como expresión de las inquietudes que llevaron a Vilalta a cursar un master y estudios de doctorado sobre Arquitectura del Paisaje, disciplina que posteriormente impartiría en la Escuela del Vallés durante toda la década de los noventa, mientras Pigem hacía lo propio en el área de Proyectos; comienza a escucharse también en el Centro cultural de Riudaura, una peque-

These influences have jointly shaped an architectural language of their own, something unusual and that serves to explain the fascination of many – in the far east indeed, including China, Korea or Japan, but also among the new European landscape architects or in American universities open to the dialogue between architecture and art – with the physical and lyrical oeuvre of the Olot threesome. Some will value their extreme abstraction and their almost liturgical ritual character; others, their bold materiality and tactile condition; many, their communion with nature and their attachment to the place; and all of them will find exceptional the way in which this genuine 'land architecture' has redefined critical issues like ornament, monumentality or landscape from the humble base of a small Catalan town. But the Spanish philosopher Miguel de Unamuno used to say that we can only be cosmopolite when firmly attached to our place in the world, and it is probably this loyalty to one's own geographic and human environment – which includes not only close family, work partners or contractors of different trades, but also local topography, vegetation and vernacular construction – that forms the essential basis of the work of RCR. An oeuvre that does not crystallize immediately, but which does so with unusual precociousness in the mid-nineties – some five years after graduating in 1987 and establishing their studio in Olot in 1988 – with the help of a handful of private and public clients seduced by the drive and intensity of a team of young architects that from the very first moment document their work meticulously, perhaps because they covet or sense its importance.

While the first houses in Olot, from the elegant and eclectic Margarida of 1988 to the more programmatic and Miesian Mirador of 1994 – built, respectively, for the sister of one of them and for a local quantity surveyor – or the rather solemn guest pavilion in Can Cardenal, a family country house in the volcanic area of La Garrotxa, are exercises in learning, this description could be extended to the sober Hotel Albons in Gerona and to the two most important public commissions carried out at the beginnings of their career, the High School of Sant Feliu de Guixols and the Law School of Gerona, two large academic buildings designed in 1995, and whose simultaneous completion in 1999 testifies to the early maturity of a team that – in spite of the sculptural, horizontal and luminous monumentality of both works – still has not found a voice of its own. This voice begins to be heard in a tiny work dated 1993-1994, the Pavilion of Access to the Fageda d'en Jordà, a natural park and volcanic garden whose planning they had already proposed in the year 1990 as an expression of the interests that moved Vilalta to complete a masters degree and follow doctorate studies in Landscape Architecture, a subject that he would later teach at the Vallés School of Architecture during all of the nineties, while Pigem also taught at the same school, but in the area of Architectural Design; it can also be heard at the Cultural Center of Riudaura, a small and



ña y exquisita construcción cuyo proyecto y obra se extienden desde 1994 hasta 1999, y que a través de una horizontalidad extrema marca el humilde tejido rural del pueblo con un gesto de extraordinaria afirmación geométrica y abstracta; y se oye igualmente en el Pabellón de baño de Olot, una interminable y refinada marquesina, realizada entre 1995 y 1998, que traza a orillas del río Fluvià una línea de curvatura apenas perceptible: tres pequeñas grandes obras de acero y vidrio que amojonan el nacimiento de una autoría coral.

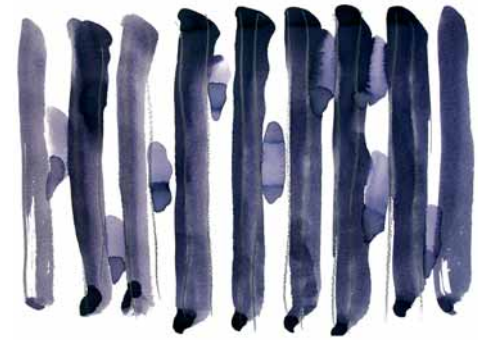
El formidable poder de sugestión de esta arquitectura se manifiesta espectacularmente con el Estadio de atletismo de Olot, la primera obra maestra del equipo, una dotación deportiva indisolublemente enredada con la naturaleza que proyectan en 1991, pero sólo realizan entre 1999 y 2001. En él, la casi mágica combinación de las exigentes normas de la competición atlética con una parte de la topografía y el arbolado existentes, que se mantienen en el interior de la pista; la disposición orgánica de las gradas, con sus escultóricos y ergonómicos asientos de piezas de hormigón siguiendo la pendiente natural del terreno; y la articulación del recinto sin límites con pabellones metálicos —de los que únicamente se ejecutó el llamado 2x1, una obra evocadora de Oteiza, Judd o Serra—, dotan al conjunto de un sabor surreal en las yuxtaposiciones inesperadas de elementos, tan provocadoras y lúdicas como las que generaba el juego del cadáver exquisito, e invitan a la vez a una empatía romántica con la naturaleza, más oriental, escandinava o germánica que mediterránea, con ecos de los jardines mediatibundos de Kioto y de los atletas o danzantes de Monte Verità. Promovido por el municipio como una dotación de modernidad en un parque natural, y combatido por los ecologistas en su defensa del medio inalterado, el resultado final es producto de un conflicto social en el que los arquitectos saben mediar para lograr una obra deslumbrante. Ésta no sería la última en un espacio protegido; entre 1998 y 2004, RCR colonizan con itinerarios delimitados por pantallas inclinadas de cortén el Parque de Piedra Tosca —una colada basáltica en la que la necesidad y el ingenio humanos despejaron minúsculas parcelas cultivables, creando un singular paisaje de escoria y muros pétreos—, y la intervención deja tras de sí un lugar onírico y metafísico, de sosegada violencia material y emocionante belleza geológica.

En la coyuntura entre los años noventa y el siglo XXI, la arquitectura de RCR adquiere un aplomo y una seguridad en su lenguaje que les permite explorar proyectos de creciente radicalidad, apoyados como siempre por un tejido social de clientes-cómplices y colaboradores devotos que con frecuencia asumen el riesgo de trabajar —y de habitar— en los límites. Así, las casas transitan desde el gran marco panorámico que construyen para un herrero y una peluquera en 1996-2000 hasta el colosal yunque adosado a una ladera urbana que levantan para un carpintero en 2002-2007, forzando un camino cada vez más extremo y experimental que tiene hitos como la elegantísima y liviana Casa M-Lidia de

exquisite structure whose design and construction cover the years 1994 to 1999, and that through a extreme horizontality marks the humble rural fabric of a village with a gesture of exceptional geometric and abstract aplomb; and it is heard too at the Bathing Pavilion in Olot, an endless and refined canopy carried out between 1995 and 1998 that traces a line of barely perceptible curvature along the shores of the Fluvià River: three small grand pieces of steel and glass that signal the birth of a choral authorship.

The extraordinary power of suggestion displayed by this architecture finds a spectacular expression at the Athletics Stadium of Olot, the team's first masterpiece, a sports facility tightly woven into nature that they designed in 1991, but only happened to build between 1999 and 2001. In it, the almost magical ability to combine the demanding rules of athletics events with sections of the existing topography and vegetation, preserved inside the track; the organic arrangement of the stands, with their sculptural and ergonomic concrete seats following the natural slope of the terrain; and the articulation of the boundless precinct with metallic pavilions – of which only the so-called 2x1 was built, a work evocative of Oteiza, Judd or Serra –, give the complex a rather surreal flavor in the unexpected superposition of elements, provocative and playful as those generated in the cadavre exquis game, and summoning at once to a romantic empathy with nature, which is more Oriental, Scandinavian or Germanic than Mediterranean, with echoes of the melancholy gardens of Kyoto and of the turn-of-the-century athletes and dancers of Monte Verità. Promoted by the municipality as a modern facility in a natural park, and opposed by ecologists in their defense of the unaltered environment, the final product is the result of a social conflict in which the architects were able to mediate to achieve a dazzling work. This one would not be their last in a protected natural space; between 1998 and 2004, the RCR team colonized with itineraries lined with slanted Cor-ten steel sheets the Park of Piedra Tosca – meaning 'rough stone', and spreading as a basalt outcrop on which human need and inventiveness had cleared tiny fertile plots, creating a unique landscape of slag and stone walls –, and the intervention left behind an oneiric and metaphysical place of subdued material violence and moving geological beauty.

Between the nineties decade and the 21st century, the architecture of RCR takes on a confidence and sure touch in its language that allows them to embark on and explore increasingly radical projects, always supported by a social network of client-accomplices and devout collaborators that often accept the risk of working – and living – on the edge. In this way, the houses move from the vast and cozy panoramic frame they build for a blacksmith and a hairdresser in 1996-2000 to the colossal anvil leaning on an urban slope that they raise for a carpenter in 2002-2007, thereby spurring a more and more extreme and experimental path with examples such as the very elegant and light M-Lidia House of



2000-2002, una caja de vidrio y metal construida en taller que se deposita delicadamente sobre el césped, o el más escenográfico Pabellón en el estanque, una residencia —proyectada en 2001, y todavía no rematada— adjunta a las oficinas de la empresa en un antiguo molino, y donde las estancias se rodean con una fronda de bandas metálicas ondulantes que llevan al paroxismo este ya antes empleado recurso ornamental. Mención aparte merece la Casa Horizonte, una rigurosa secuencia de cajas de metal en una cresta del terreno que fue la seleccionada para representar al despacho en la exposición del MoMA neoyorquino en 2006, y que entre su encargo en 2000 y su terminación en 2007 estuvo en el origen de dos de los proyectos más celebrados de los arquitectos de Olot: el Restaurante Les Cols, realizado en una antigua masía para un matrimonio que ha renovado la cocina vernácula, y los pabellones del hotel anejo, dos obras de insólita intensidad porque obligan a experimentarlas con todos los sentidos, desde la recuperación de los sabores locales en el refectorio dorado y ascético del restaurante hasta el desvalimiento despojado de las celdas de vidrio del hotel, exquisitas, sublimes y atroces entre el basalto y el cielo.

Además de obras más profesionalmente convencionales —y sin embargo de exacta inteligencia y elegancia— como la Guardería Els Colors en Manlleu, una pequeña localidad entre Olot y Barcelona, o la Biblioteca y hogar de jubilados en el Ensanche barcelonés, y otras tan juguetonas como las marquesinas papirofléxicas de las termas Orion en Santa Coloma de Farners, cerca de Gerona, RCR celebran su veinte aniversario con un nuevo estudio, que se construye en una antigua fundición de campanas en el casco de Olot, y la culminación de otra obra que perdurará en los cánones, las emocionantes Bodegas Bell-lloc de 2003-2007, excavadas en una finca de Palamós y revestidas con palastros de cortén para formar un laberinto áspero y mullido que dibuja un itinerario subterráneo de iniciación, donde la temperatura y la humedad, las corrientes y los olores, las penumbras y las tinieblas nos arrastran en un camino de descubrimiento y aceptación. Junto a pequeñas intervenciones como la alberca en La Vila de Trincheria, un estanque de un refinamiento material y una concentración poética en sus detalles mínimos que lo hace digno de Barragán, obras como el Estadio de atletismo, el Parque de Piedra Tosca, los Pabellones de Les Cols o las Bodegas Bell-lloc garantizan el lugar de RCR en la historia de la arquitectura española. Si su futura presencia internacional, apuntada ya en varios proyectos importantes, construye otra carrera diferente es algo que sólo el tiempo podrá juzgar; pero antes de que ninguno de ellos haya cruzado la frontera biográfica del medio siglo, los logros del trío de Olot representan un mensaje de esperanza para los innumerables jóvenes arquitectos que, en poblaciones pequeñas o en posiciones periféricas frente a los grandes centros mediáticos, se esfuerzan por reconciliar su ambición creativa y su proyecto vital.

Luis Fernández-Galiano

2000-2002, a box of steel and glass built in a workshop and delicately placed on the grass, or the decidedly more scenographic Pavilion on a Pond, a residence – designed in 2001, and still not completed – next to the offices of a company in an old mill, and where the spaces of the house are surrounded by a grove of wavy metal bands that take this previously used ornamental device to its most extreme form. The Horizonte House deserves a separate mention; it is a rhythmical sequence of metallic boxes on the ridge of a farmland estate, and was chosen to represent the office at New York's MoMA 2006 exhibition on new architecture in Spain. This house served to trigger, between its commission in 2000 and its completion in 2007, two of the most celebrated projects by the Olot architects: the Les Cols Restaurant, built in an old country house for a couple who has renewed local cuisine, and the pavilions of the adjacent hotel, two works of unusual intensity because they urge to be experienced with all the senses, from the recovery of local flavors in the golden and ascetic refectory of the restaurant to the bereft bareness of the hotel's glass cells, exquisite, sublime and brutal between the basalt and the sky.

Along with more professionally conventional works – and yet of exact intelligence and elegance – such as the Els Colors Nursery in Manlleu, a town in the road from Olot to Barcelona, or the Library and Center for the Elderly in one of the blocks of Barcelona's Ensanche, and others as playful as the origami canopies of the Orion Thermal Baths in a small town close to Gerona, Santa Coloma de Farners, RCR celebrate their 20th anniversary with a new studio, fit out in an old bell foundry in the historic center of Olot – partly completed and already in use –, and the inauguration of another piece that will undoubtedly make the list of canonical works, the dazzling Bell-lloc Winery of 2003-2007, excavated in an estate near Palamós, a beautiful resort on the Mediterranean coast, lined with Cor-ten steel plates to form a rough and soft labyrinth that traces an underground passage of initiation, where temperature and humidity, air drafts and smells, shadows and deep darkness take us on a journey of discovery and acceptance. Together with small projects like the pond in La Vila de Trincheria, a shallow pool whose material refinement and poetic concentration in its minimal details make it worthy of Barragán, works like the Athletics Stadium, Piedra Tosca Park, the Les Cols Pavilions or the Bell-lloc Winery guarantee a place for Rafael Aranda, Carme Pigem and Ramón Vilalta in the history of Spanish architecture. Whether their future international presence, heralded already by several significant projects, builds a different career is something that only time can tell; but before neither of the three partners has crossed the biographical frontier of the fifty years, the achievements of the Olot team convey a message of hope for the countless young architects that, in small towns or peripheral positions with respect to the large media centers, strive to reconcile their creative ambition and their life project.